

DL
2247075

EDICIONES DE FOLLETOS DE LA REVISTA BLANCA

a 20 céntimos ejemplar

- LA ANARQUIA AL ALCANCE DE TODOS, por Federico Urales.
- LA SOCIEDAD FUTURA, por Soledad Gustavo.
- EN TIEMPO DE ELECCIONES, por Malatesta y EL ABSURDO POLITICO, por Paraf-Javal.
- DOCE PRUEBAS DE LA INEXISTENCIA DE DIOS, por S. Faure.
- LA RELIGIÓN Y LA CUESTIÓN SOCIAL, por Juan Montseny.
- LA ANARQUIA ANTE LOS TRIBUNALES, por Pedro Gori.
- ENTRE CAMPESINOS, por E. Malatesta.
- LA PESTE RELIGIOSA, por J. Most y DECLARACIONES DE ETIEVANT.
- ¿QUÉ ES LA ANARQUIA?, por Luis Fabbri.
- LAS BASES MORALES Y SOCIOLOGICAS DE LA ANARQUIA, por Pedro Gori.
- LA ANARQUIA EN EL ATENEO DE MADRID, por Federico Urales.
- LOS ANARQUISTAS ANTE SUS JUECES, por Ravachol, Henry, Angiolillo, Vaillant, Kropotkin y Spies.
- LOS MUNICIPIOS LIBRES, por Federico Urales.
- EL CLERO, SU ORIGEN, SUS VICIOS Y SUS CRÍMENES, por Joaquín M. Bartrina.
- OYE, HERMANO EXPLOTADO, por Hugo Treni.
- EL ESPÍRITU REVOLUCIONARIO, por P. Kropotkin.
- JUAN MISERIA, por Juan Grave.
- LA MEDICINA Y LA MISERIA, por E. Z. Arana.
- SINDICALISMO Y ANARQUISMO y POLÍTICA Y SOCIOLOGIA (juntos), por Soledad Gustavo.
- LA MUJER PROBLEMA DEL HOMBRE, por Federica Montseny.
- EL HOMBRE PROBLEMA DE LA MUJER, por J. Pérez Hervás.
- EL IDEAL Y LA REVOLUCIÓN, por F. Urales.
- EL ANARQUISMO Y SUS VIRTUDES, por F. Urales.
- LA VIDA DE ENRICO MALATESTA, por Max Nettlau, con prólogo de Federica Montseny. 48 págs., 30 céntimos.



LA COQUETERIA DE CONSUELO
NÚM. 361

Por MARIA SOLA

15 CÉNTS.

DL

2247075

hijos del otro, de Regina Opisso. — 111. *El hombre adúltero*, de Federico Urales. — 112. ¡No, no, eso no!, de A. Fernández Escobés. — 113. *La pequeña hechicera*, de Angela Graupera. — 114. *Un Abel más malo que Caín*, de Aurelio G. Rendón. — 115. *El derecho al hijo*, de Federica Montseny. — 116. *Los carrilanos*, de F. Barthe. — 117. *Pedro «el Justiciero»*, de Regina Opisso. — 118. *La mujer caída*, de Federico Urales. — 119. *Una aventura original*, de Lorenzo Regalado y García. — 120. *Los caminos del mundo*, de Federica Montseny. — 121. *Micaela*, de Diego Ramón. — 122. *Historia de la Cisca*, de A. Fernández Escobés. — 123. *El retorno a la tierra*, de Angela Graupera. — 124. *La moza alegre*, de Federico Urales. — 125. *Mi honor, ¡no importa!*, de Regina Opisso. — 126. *Contrabando*, de Adrián del Valle. — 127. *Hacia otra vida*, de Mauro Bajatierra. — 127. *La hija de las estrellas*, de Federica Montseny. — 129. *Escenas del vivir*, de J. Ramos Concepción. — 130. *Espinas y flores*, de Andrés Ramos Alvarado. — 131. *El médico galante*, de Federico Urales. — 132. *Destellos de luz*, de V. Márquez Sicilia. — 133. *La tentación*, de Angela Graupera. — 134. *Juan el tonto*, de Diego Ramón. — 135. *Un delincuente accidental*, de Pedro G. Carrillo. — 136. *Frente al amor*, de Federica Montseny. — 137. *La tragedia de Leonora*, de Regina Opisso. — 138. *Lluvia de flores*, de Federico Urales. — 139. *El origen de una fortuna*, de Román Cortés. — 140. *La alegría del barrio*, de Mauro Bajatierra. — 141. *La farsa torpe*, de A. Fernández Escobés. — 142. *Como las abejas*, de Angela Graupera. — 143. *Las aventuras de Cándido Llano*, de J. Orpi Borrás. — 144. *La sembradora*, de Federico Urales. — 145. *El resurgir de un pueblo*, de Alejandro J. Ullá Rodríguez. — 146. *La víctima*, de Regina Opisso. — 147. *La vengadora*, de Federico Urales. — 148. *La elección*, de Valentín Obac. — 149. *La nobleza y los pergaminos*, de A. Fernández Escobés. — 150. *Los amores de Marisol*, de Federico Urales. — 151. *En las garras del hombre*, de Angela Graupera. — 152. *Novias con y sin hijos*, de Federico Urales. — 153. *Fuera de la ley*, de Mauro Bajatierra. — 154. *En un lugar de Andalucía*, de Diego Ramón. — 155. *Paloma herida*, de Federico Urales. — 156. *Esclavitud*, de Elías García. — 157. *Cero*, de Adrián del Valle. — 158. *Flores simbólicas*, de V. Márquez Sicilia. — 159. *La paloma levanta el vuelo*, de Federico Urales. — 160. *La herencia robada*, de José Soler y Raventós. — 161. *Bajo los cerezos*, de Angela Graupera. — 162. *Sol en las cimas*, de Federica Montseny. — 163. *El asedio*, de Ricardo Peña. — 164. ¡Por fin un hombre!, de Federico Urales. —

LA NOVELA IDEAL

AÑO X

5 JULIO 1933

NÚM. 361

María Solá

La coquetería de Consuelo



PUBLICACIONES DE «LA REVISTA BLANCA»
 Administración : Calle Escornalbou (antes Guinardó), 37
 Teléfono 51780 - Barcelona

Se sirven colecciones completas encuadradas y en números sueltos y se ruega que al hacer los pedidos de novelas atrasadas, se hagan por sus números y no por sus títulos.

Precio de suscripción: Un semestre, 3'50 pesetas.

LA PRÓXIMA NOVELITA SE TITULARÁ

El gran Monstruo

DE N. NOGUEROL

La barbarie gubernamental

El horror de la represión desencadenada contra los obreros españoles después de los sucesos del 8 de enero. La narración de los martirios, de los atropellos, de los asesinatos alevosos hecha por las mismas víctimas o testigos presenciales de la tragedia. Trescientas páginas y más de 40 grabados, 3 ptas. De venta en esta administración, con el acostumbrado descuento a los corresponsaless.

IMPRESOS COSTA, NUEVA DE LA RAMBLA, 45. — BARCELONA

Biblioteca Nacional de España

DONATIVO

Ejemplar donado por: Javier Arante

Fecha 22-09-211

I

— ¡Infiel...! ¡Perjurada...! Tu traición no tiene nombre...

— Perdóname, José; es el destino quien manda en nosotros; ya que no está en nuestra mano arreglar la vida a nuestro gusto, y como lenitivo a esta pena que implacable nos hiere a los dos, te digo que te amo, que te he amado siempre...

— Ven conmigo a América!

— Pero es cierto que te marchas?

— Ya lo tengo todo en regla... No debo ver vuestra boda ni vuestra felicidad, que para mí es baldón y martirio... Si realmente me amaras, lo abandonarías todo, te vendrías.

— No desvaríes, José; una joven no puede embarcarse sin el consentimiento paterno.

— No puedes niquieres; vale más que hables claro, porque querer es poder.

— Yo tengo hermanitos pequeños... Antes de que aquella mártir que nos dió el ser cerrara los ojos a la vida, yo le juré ser para ellos una segunda madre, y por ellos me sacrifico, no por los intereses de mi padre

— dijo la infeliz, que, no pudiendo ya contener su pena, se cubrió el rostro con las manos, prorrumpiendo en sollozos.

Implacable y cruel, José Frey le volvió la espalda y desapareció...

Adelina era la hija mayor de don Ricardo Suárez, hombre que, ya sea por desgracia, enfermedades de familia, rudeza o falta de don de gentes, había fracasado en todos sus negocios. Adelina era una de las mujeres más bellas del universo, uniendo a su cabal hermosura el delicado encanto de las raras virtudes que heredara de su madre, pero el padre, atento sólo

a la belleza física de su hija, pensaba entregar aquel portento al mejor postor, o sea al pretendiente más acaudalado que les separara el destino.

Los Suárez eran antiguos vecinos de los Frey, y de balcón a balcón Adela y José aprendieron a admirarse primero y a adorarse después... La niña amaba el carácter simpático, alegre, vivaracho y a la par soñado del joven Frey, y sobre todo aquellos versos que, creados al impulso de la mente y del corazón, le leía apoyado en la barandilla, cuando ella salía a cuidar al canario, a regar las macetas o a coser al balcón... Tal vez la hermosura sin igual de la niña, rodeada de las bien cuidadas macetas pletóricas de flores, fué lo que engendró en su alma el afán de ser poeta, encendiéndo luego aquella hoguera de amor inextinguible que había de llenar por completo la vida de José Frey.

Según reza un conocido refrán: «La suerte de la fea la bonita la desea», la beldad exagerada, como todo lo que se sale de lo corriente, suele tener serios inconvenientes; así es que Adelina Suárez, a pesar de ser una mujer sencilla y de vivir casi recluida en el hogar, tenía sus admiradores, entre ellos Agustín Frey, que llevaba quince años de ventaja a José, pues eran el hermano mayor y el más pequeño de una numerosa familia de la cual, ellos eran los únicos supervivientes, habiendo logrado Agustín hacerse una fortuna con negocios no siempre muy limpios, y, sabedor o no del tierno idilio de su hermano y Adelina, pidió en matrimonio aquella mujer condenada de antemano por su belleza a no poder disponer de su corazón.

Don Ricardo Suárez, el padre de Adelina, que se hallaba arruinado y casi inválido a consecuencia de un ataque de parálisis, lo cual contribuía a agriar su pésimo carácter, vió en esta boda la solución de la familia, extrañándose en gran manera que su hija, la interesada, no participara de su alegría... La niña mártir jamás contradecía a su padre en lo más mínimo, pues las muletas solían volar a la cabeza de quien se atrevía a llevar la contraria a aquel hombre intratable... pero que una mujer de diez y nueve años tenga que acallar los afectos de su corazón, tenga que renunciar

para siempre a las ilusiones, precisamente en la edad de los sueños de color de rosa, en la edad en que, desdoblándose el capullo de la niñez, radiante abre al beso de la luz, de la brisa, del sol y del amor su tierna corola una existencia en flor... y sobre todo si se han escuchado con arrobo juramentos, si ya se ha sentido latir a la vera, al unísono del suyo propio, otro corazón juvenil, el sacrificio alcanza los límites de lo imposible, y Adela tuvo un rasgo de rebeldía; su padre, en un arranque de furor, podría matarla, pero no le importaba, porque la muerte es preferible a una vida sin ilusiones, y claramente le dijo que no podía casarse con Agustín porque amaba a José... Como era de esperar, el cojo, con ímpetu salvaje, arrojó las muletas contra su hija... La víctima exhaló un grito horrible, su brazo sangraba, Merceditas y Tomásin acudieron llorando... Como muchas veces le sucedía, el padre se arrepintió tardíamente de su arrebato, y él mismo, cojeando, se dirigió a un botiquín de urgencia que tenían, buscando lo que precisaba para atender a la desdichada... Afortunadamente, no le había roto el brazo, y mientras le lavaba y vendaba la herida le decía con desusado cariño:

— José no te conviene; tú deja hacer a tu padre, que sólo quiere tu felicidad. El hombre que amas sólo lo ves bajo el prisma de tu inexperience de niña. Yo tengo años y mundo y he de decirte, aunque sea doloroso, que José Frey es un hombre completamente inútil, soñador, indolente, poeta — y recalcó esta última palabra como si el ser poeta fuera una afrenta —. No tendrá nunca el dinero que tiene su hermano; los hombres de su ralea sólo sirven para hacer vida parasitaria...

— Mira papá, yo he de decirte lo que pienso, lo que opino, pero no te enfades; me parece que es muy prematuro juzgar a José y decir, si es superior o inferior a su hermano, que le lleva la friolera de quince años; el chico es un niño todavía, ha encontrado el camino llano y no se ha visto en el trance de tener que luchar por la vida, desconocemos sus méritos.

— Otros hombres a los diez y nueve años han dado

mucho de sí, y él ¿qué hace? Nada más que versos, y en vez de ayudar a su hermano más bien le sirve de estorbo.

— Papá, no le juzgues tan severamente.

— ¡Basta!, no vuelvas a exasperarme; no tengo ganas de repetir lo que he hecho... Oye bien: si hemos de esperar a que José sea un hombre hay para años, en el transcurso de los cuales pueden suceder muchas cosas; en el continuo girar de la rueda de la vida unas ilusiones se suceden a las otras, a nuestro cariño acendrado de hoy puede suceder el desamor, el olvido. ¿Y para qué habrás sacrificado vuestra juventud? Absolutamente para nada; mientras que vuestras necesidades de hoy son perentorias; son tantas las desgracias que me han caído encima, tan complicada está nuestra situación, que si no se soluciona en breve, incluso puedo ir a la cárcel por trámposo; así pues, hazte cargo de todo y no me contraries.

— ¿Ya no te duele, hermanita? — le preguntaron Mercedes y Tomás casi al mismo tiempo.

— Por vosotros, hijitos — dijo, abrazándolos con el brazo que tenía sano —. Para que no os falte el pan... ¡Ay...! ¡Me sacrificaré!

Desde que se hizo pública la cruel noticia del noviazgo, la relación entre los hermanos Frey fué casi nula. Un día, José penetró como una tromba en el despacho de su hermano:

— Vengo a deciros que me marcho a América, ya lo tengo todo ultimado y dentro de cinco días parto.

— ¿Qué me dices? Hombre, cuanto lo siento; al menos demora la marcha para asistir a mi boda.

— De ninguna manera, eso precisamente me ha inducido a adoptar resolución tan desesperada.

— ¿Y qué harás en América?

— Trabajar en lo que trabajan nuestros primos o en otra cosa; ellos me darán la mano.

— Lo has pensado bien?

— Lo he pensado bien y, además, quiero decirte otras cosas..., no seas hipócrita Agustín, a ti te consta que yo amo a la mujer que se casa contigo, que ella no te ama, ni te amará jamás, pues desconoces los

resortes que llegan al corazón..., que no has de hacerla feliz, es segurísimo..., cinco días faltan para mi partida, medítalo bien, por ella te lo pido, vuelve sobre tus pasos, de lo contrario...

— De lo contrario... ¿qué?

— Yo no renuncio definitivamente a ella; me habéis hecho pasar por la humillación de presentarme ante sus inocentes ojos como un hombre inútil; ahora yo, con ahínco, procuraré demostrar lo contrario; en América trabajaré, procuraré por todos los medios abrirme camino y cuando haya conseguido ser un hombre de provecho, tal vez del mismo modo que hoy me la robas tú, yo te la robe un día.

— ¡Canalla!

— ¡Caín, mal hermano!

José Frey salió nerviosísimo del despacho de Agustín y ya no volvieron a cambiar otra palabra.

Cinco días después Adela Suárez, desde el terrado de su casa, veía, presa de desesperación, como una nave rompía las azules ondas del mar, llevándose su alma en jirones... y a cubierta, aunque sus ojos no pudieran distinguirlo, sentía en su corazón, como José Frey lloraba lágrimas de sangre al despedirse de la tierra de la que tal vez se alejaba para siempre..., la tierra que viera brotar en su alma, cual mágica floración de primavera, al conjuro brujo de unos ojos de mujer, todo un mundo de ilusiones y quimeras. Aquí quedaba el ídolo, los restos de sus mayores, las primeras estrofas de su lira. Se marchaba. ¿en pos de qué? Del fracaso o del triunfo, de una divina ilusión o de una locura; mas por fortuna, aunque parezca insonable el abismo de la desesperación humana, siempre brilla en él la vaga luz de una esperanza.

Y aquella niña de belleza maravillosa y de corazón angelical, que sólo por José latía con amor, mesándose los cabellos en tardío y estéril arrepentimiento, apoyada en la baranda del terrado, gritaba cual si las alas del viento pudieran transportar aquellas frases tiercimas al triste emigrante que se alejaba:

— ¡José... José... Yo te adoro... Vuelve... Yo quiero partir contigo...!

— ¡Adelina! — gritó, furibundo como siempre, don Ricardo —. Baja, que está don Agustín.

¡Don Agustín! ¡Su novio! ¿Cómo se atrevía en aquellos momentos de dolor a poner los pies en su casa? ¿Tan mal hermano era que no se acordaba de que José, muertas ya todas sus ilusiones, partía entonces hacia otro continente? Aquello era demasiado fuerte para el frágil corazón de la niña y cuando, temerosa de su padre pretendió bajar, rodó desvanecida por los escalones. Al ruido salieron Ricardo y Agustín y éste, tomándola en brazos, exclamó:

— ¿Qué le habrá sucedido a nuestra muñequilla?

— Sencillamente, como nadie se ha cuidado de encender la luz de la escalera, habrá tropezado y rodando por los escalones se habrá dado un trompazo en la cabeza — dijo el padre, yendo por los enseres del botiquín.

Acostaron a Adelina en su cama y una vez vuelta en sí, llamaron a una vecina para que la hiciera compañía. Mientras tanto ellos en el comedor de la casa, olvidados de todo, entre el humo del tabaco y copa y copa de coñac, pues el terrible Suárez sólo tenía sonrisas, buen humor y obsequios para su futuro yerno, hacían mil castillos en el aire, formando planes y más planes para el porvenir. Suárez sería el socio industrial de Agustín, su codicia les hacía entrever ganancias fabulosas y entre carcajadas de satisfacción seguían recreándose en la urdimbre vil de los intereses creados, mientras un buque se alejaba llevando a cubierta un hermano pobre y desgraciado, y una mujercita inocente en su lecho de albura de lirios, lloraba, impotente y desesperada, el más acerbo dolor.

II

Transcurrieron cinco años, durante los cuales, Agustín Frey trató al principio bien a su esposa; complaciente y cariñoso para con ella, parecía estar orgulloso de poseer aquel tesoro de belleza y de virtud, pero luego sobre todo el hastío, a lo que tal vez contribuyó la contrariedad de no tener hijos, lo cual había constituido siempre una de las grandes ilusiones de Agustín, pero no teniendo aliciente para permanecer en casa y no teniendo además a quien legar sus bienes, parecía que se había propuesto dilapidarlos rápidamente, y dejando paulatinamente a su linda esposa arrinconada y completamente abandonada en el hogar, volvió a ser como en sus tiempos de soltero el hombre rumboso y elegante de los cabarets de moda... Y Adelina Suárez lloraba a la par que las continuas infidelidades del marido, la soledad más horrible que ojos humanos hayan llorado. Sin madre a cuya ternura confiar las congojas de su tierno y doliente corazón; sin padre, que aunque malo, era padre al fin, la muerte se lo había arrebatado, lo mismo que a sus tiernos hermanitos, resultando de este modo, en vano su sacrificio. Algunas compañeras de colegio y amigas fraternales de su juventud, se habían casado, marchando lejos con sus maridos; en la acaudalada sociedad que frecuentó con su esposo, no halló un tierno afecto, ni una amistad sincera. ¿Y de José Frey? De su ídolo ¡ay!, nada se sabía. ¿Habría muerto también? Al principio, trabajaba con sus primos en Colombia, después dejó de trabajar con ellos trasladándose a otros puntos de América, sobreviniendo el silencio absoluto, frío silencio de muerte para el corazón de Adelina... ¿Por qué no hizo caso de los consejos de Dionisio Pérez, «el terrible Pérez», como le llamaran exagera-

damente sus amigos, pues era uno de los estudiantes más levantiscos que han pisado las aulas y conocedor palmo a palmo del barrio chino, pero, en el fondo, era un corazón de oro que, compadecido del poeta Frey y de Adelina, quiso ayudarlos en sus infortunados amores, proporcionando a la joven una documentación falsa para que huyera con José. Pero su honradez y el amor a sus hermanitos, a pesar de su pasión por José le impidieron aceptar aquello que ella no podía mirar más que como un disparate; pero la inesperada muerte de los niños, el abandono, la soledad que la abrumaban, las nostalgias de un cariño, de un corazón noble y tierno que la comprendiera, la llevaban a arrepentirse de no haber aceptado la invitación de Frey y Pérez más veces que cabellos tenía en su rubia cabecita.

Poco relacionada Adelina Suárez con el mundo exterior, como es natural, casi toda la correspondencia que se recibía en la casa iba dirigida a su marido y sólo por pura casualidad iba dirigida a la señora alguna que otra misiva de las amistades superficiales que conservaba; y cuando esto sucedía, cuando recibía ella una carta, siempre la desdoblaban nerviosa, porque constante e invencible presentimiento le decía que el día menos pensado recibiría noticias de José.

Un día, Vicentina García, una criadeja nueva recién venida de su lindo pueblo valenciano, que servía por primera vez y quería a los señores como a familiares suyos, en una bandejita de plata repujada presentó a Adelina una carta. Al abrirla exhaló un suspiro de satisfacción y de sorpresa. No eran noticias del amado ausente, pero se trataba de una persona simpatíquísima que le recordaba los felices días de su niñez: era Consuelo Medina, su ex compañera de colegio, que habiendo quedado viuda había pensado venir a Barcelona en busca de colocación, y entretanto en nombre de la antigua amistad que la unía con la familia de Adelina, les suplicaba tuvieran la bondad de admitirla en casa mientras ella se dedicase a buscar con todo afán empleo para vivir por su cuenta. Llena de gozo la esposa de Agustín Frey se hizo eco de la súplica de su amiga.

— Haz lo que quieras — dijo el marido encogién-

dose de hombros; y Adelina, ayudada de Vicentina, empezó con febril actividad los preparativos para alojarla dignamente... ¡Oh! aquello la distraía, rompiendo de paso la triste monotonía de su existencia... Tendría cerca de sí un corazón amigo, una hermana. Tal lujo de comodidades y atenciones preparaban, que en la casa de los Frey parecía se iba a recibir una princesa.

III

A Consuelo Medina todo contribuía a hacerle grata su estancia en aquella casa donde se la había acogido de un modo tan cariñoso; incluso el esposo de Adelina, en atención a la forastera, dejó de salir solo, acompañando, sumamente galante, a su mujer y a Consuelo a todas partes.

— Sois tan buenos para mí — dijo una noche la viudita durante la cena —, de tantas atenciones me colmáis que yo no merezco, pero que os agradezco con toda mi alma, que no me dejáis margen de tiempo para dedicarme a lo que precisamente me ha traído a Barcelona; hablando claro, a perfeccionar mis estudios para emplearme en el comercio, pues el dinero que me legó mi marido se me terminaría y hay que procurar que esto no ocurra, pues no debo abusar de esta bondad sin límites que tenéis para conmigo...

— Tú no abusas nunca, querida hermana — interrumpió con su peculiar dulzura la esposa de don Agustín —, somos nosotros, o al menos yo, la que te soy deudora de gratitud, pues desde el bendito día en que pusiste los pies en esta casa, aquí reina la alegría; a este hogar, huérfano de bullicio infantil, con su sano alborozo, con tus risas, con tus cantos y ocurrencias saladísimas has traído la animación que hacía falta. No has cambiado; eres la misma de la niñez, pero con los años has ganado en bondades y hermosura. ¿Te acuerdas que las maestras te llamaban «el diablillo del Colegio»? Graciosa y traviesa como tú no había otra, aquel donaire aún lo conservas a través de las vicisitudes de la vida y doquier que vas llevas una atmósfera de optimismo. Comprendo, desde luego, que yo no debo oponerme a tus nobles anhelos de ocupar en algo tu actividad, de aplicarte en los estudios

modernos de Comercio o en lo que quieras; en resumen, no debemos ser te un estorbo para abrirte camino en la vida, pero una cosa te pido: cuando hayas alcanzado la colocación que tanto anhelas, no abandones este hogar en el que se te ha recibido con los brazos abiertos, que yo pueda continuar llamándote hermana y tenga cerca de mí tu corazón que me quiere y me comprende...

Don Agustín, después de adherirse al arranque sentimental de su mujer, prometió a la pizpireta recomendarla a una academia formal donde en breve plazo adquiriría cuantos conocimientos le hicieran falta y luego él mismo se cuidaría de buscarle una colocación ultraventajosa o tal vez, dado el incremento que tomaban sus negocios, le sería posible emplearla en su propia casa.

Dos o tres días después, la amiguita de Adela empezó a concurrir, según ella decía, a una academia por las noches, pero a la buena fe de la señora de Frey no le llamó notoriamente la atención que mientras Consuelo estaba fuera, su marido tampoco permanecía en casa.

Era Adela Suárez el tipo de la mujer hogareña, ese tipo de mujer de pura raigambre española, que artistas y poetas han reflejado constantemente en el Arte y en la Literatura; honesta, sensitiva, hacendosa y buena, unía a su belleza de lirios y magnolias el perfume delicado de las modestas violetas; es la mujer que vemos a través de los siglos, ya manejando el huso y la rueca cerca de gólicos ventanales, de cuyos pacientes trabajos aun se conservan vestigios que nos llenan de asombro; ya en épocas más recientes, dedicándose con primor al bordado y a la labor de ganchillo. Digna de ser proclamada por su belleza Adela, reina y emperatriz de los salones, no la seducían demasiado las fiestas ni tampoco las ricas galas con que podía ornarse. En cambio, Consuelo Medina, sin ser una mujer de cabal hermosura, por su risa fresca y cascabelera, por su gracia apicarada y por su bien estudiada desenvoltura, disponía fatalmente del corazón y del destino de los hombres. Su esposo Alfredo la conoció cuando

estaba cursando sus estudios de Medicina y por ella perdió la carrera; como luego sobrevino un embarazo, la madre de Consuelo llevó a Alfredo a los tribunales para obligarle judicialmente a que se casara con su hija; aquella boda llenó de dolor a los padres del joven, porque a poco de tratarla vieron qué clase de nuera les había caído en suerte.

Alfredo, ciego por su mujer, quería trabajar como un negro para sostener sus vanidades de reina; disgustos no faltaron nunca, infidelidades tampoco, y en tan ardua lucha, el desgraciado esposo perdió la salud y luego la vida. Como también murió el hijo de ambos, al verse Consuelo libre, sola, codiciada por el sexo masculino y arruinada, pensó venir a una gran ciudad para probar fortuna, no con un trabajo forzado, sino como vampiresa, yendo a la caza de algún hombre acaudalado, ensayando el poder de sus tentáculos, por lo visto con fortuna, en el esposo de su inocente y fraternal amiga.

IV

Aficionada Adelina a la literatura y sobre todo a los versos que le recordaban dulcemente a José, estaba leyendo para solaz de Consuelo algunas composiciones de su predilección en un tomo de poesías, y por ley de amistad la intrusa no tenía más remedio que soportar la lectura aunque para ella resultara una verdadera lata; por fortuna, algo insólito vino a interrumpirla; el estruendo de cristalería rota hizo levantar a las dos y dirigirse al gabinete contiguo que estaba a oscuras, pero vieron salir, fugaz como una exhalación, una sombra de mujer que se dirigía a la cocina.

— ¡Vicenta! ¡Vicenta! — gritó Adela a la criada —. ¿Qué hacía en mi gabinete de aseo?

— Nada, señorita — contestó con pueril temor la joven.

— ¿Nada? Pero venga usted acá, mujer. ¿Cómo se atreverá a salir a la calle con la cara embadurnada de este modo? En adelante, no me robe pinturas ni nada; cuando una cosa le apetezca, pídamela.

Consuelo comentándolo, dijo al mismo tiempo que exhalaba una sonora carcajada:

— Es que Vicentica tendrá novio y como es la hora en que sale por la tarde, ahí tienes la explicación: ha entrado a escondidas en tu cuarto a buscar lo que le hacía falta para presentarse ante él más pintada que un papagayo.

La criadeja, después de dirigir a la intrusa una mirada de desprecio, se apresuró a contestar a la señorita, que amablemente le había preguntado:

— ¿Es el de tu pueblo? ¿Está cumpliendo el servicio?

— No, señorita — y luego, bajando los ojos como si la ruborizara aquella dicha de la que se creía indigna, añadió —: Es un estudiante de Derecho.

Consuelo y Adela se miraron asombradas. ¿Cómo, aquella lugarezuela que escasamente llevaba tres meses en Barcelona, no pulida todavía por el ambiente de la ciudad, había podido hacer semejante conquista?

Orgullosa Vicenta ante la estupefacción de las damas, quiso mostrarles el retrato que guardaba como preciado tesoro y lo puso en manos de la señorita. Adela tornóse lívida; era el del «Terrible Pérez», el amigo de José Frey... ¿Aquella estratagema de cortear a la criada, era para acercarse a ella, para darle noticias del poeta? Nada había vuelto a saber de aquellos hombres durante cinco años, y cuando menos lo esperaba surgían de nuevo en su vida, pues instintivamente auguraba que Pérez había de ser el precursor de José y aquel retrato temblaba entre sus manos de marfil. Vicenta miraba a la señorita con extrañeza y Consuelo con interés y curiosidad; allí había algún misterio del pasado de su fraternal amiga, misterio que aunque no le interesara conocer en sus detalles, para sus perversos fines, resultaba una ventaja, y no pequeña, saber que Adela no amaba a su marido...

Como mujer honrada, por grande que fuera su emoción, la esposa de Agustín se dominó rápidamente y sobreponiéndose a sí misma, dijo aparentando indiferencia, mientras devolvía el retrato a su sirvienta:

— ¿Todavía no ha terminado la carrera, ése? No cometa usted el disparate de dejar su novio del pueblo por un estudiante, no deje lo seguro por lo inseguro; vaya a buscar la leche y vuelva pronto, que tengo que salir.

Vicenta, que sentía un verdadero afecto por «la señorita», como cariñosamente la llamaba, cumplió aquella tarde sus deseos hablando poco con su adorado consuelo y momentos más tarde, Consuelo, Adela y Agustín merendaron juntos; después de lo cual, Consuelo salió para dirigirse a la academia y Adela, después de acicalarse un poco también se dispuso a salir preguntando antes a su esposo:

— ¿Me acompañas, querido?

— No puedo; me precisa poner en orden unos documentos y lo estoy demorando demasiado — contestó

Agustín, cuyo verdadero afán era ir a reunirse con Consuelo tan pronto como su mujer hubiese vuelto la espalda.

Adela dirigió sus pasos a un taller de joyería donde le estaban recomponiendo un broche de brillantes roto, que quería lucir en una fiesta de una sociedad Hispano-Americana a la que habían sido invitados. Al verla el joyero corrió a su encuentro preguntándole gozoso si habían sido de su agrado los pendientes de platino que pocos días antes había adquirido su marido.

— ¿Qué pendientes? — preguntó Adela, sorprendida.

Aquel hombre se los describió, no sin cierto temor de haber cometido alguna fatal indiscreción, pero la joven señora de Frey completamente tranquila, creyó que su esposo aguardaba el día de su cumpleaños para darle una grata sorpresa.

De regreso al hogar encontró a Vicentica deseosa de hablarle; aquel día había recibido carta de Paco Morales, el novio del pueblo y la pobre analfabeta no tenía más remedio que valerse en tales casos de la bondad de Adela, que gustosísima le leía la correspondencia y se la contestaba; incluso con la paciencia que la caracterizaba, había intentado enseñarle a leer y escribir, pero la cabecita de la sirvienta, pensaba demasiado en los novios para prestar atención a las lecciones de su maestra. Paco Morales, aunque era hijo de viuda, por tener varios hermanos mayores y porque su madre poseía algunas tierras, no se libraba del servicio militar; se mostraba celoso, como todos los mozos cuyas novias han tenido que emigrar de los pueblos patriarcales a ganarse el pan en las ciudades llenas de peligros, y anunciaba en breve su llegada, reclamado por los deberes militares.

Tal noticia, en otro tiempo hubiera llenado de júbilo a Vicenta, pero, enamorada de Pérez, la llegada de Morales la contrariaba en grado sumo, a pesar de que la señorita la aconsejaba que no tuviera fe en las palabras del estudiante.

— Pues mire si me quiere Dionisio, que como yo le he dicho que ya se han descubierto nuestros amores y yo aquí no tengo familia y a ustedes les considero

como padres, mañana mismo a estas horas subirá a hablar con usted para pedirle mi mano.

Adela tembló de pies a cabeza. ¿Por qué quería hablar con ella? Claro que no era para pedir la mano de la pobre Vicentica; era para alguna otra cosa que a ella la tocaba más de cerca. Su José habría muerto y tal vez como precioso legado, le era portador de sus versos, de algún mechón de sus negros y sedosos cabellos, de algunas flores ya secas que se empaparon en otros tiempos en lágrimas y besos del mártir del amor, o tal vez de su último aliento, de la última voluntad y del último pensamiento del poeta..., o tal vez aún vivía y venía a darle Dionisio la grata nueva de que seguía siendo ella la eterna musa a la que ofrecía el adorable incienso de sus cantos y suspiros. Aquella entrevista, no obstante anhelarla durante tantos años, le producía un frío de muerte; si vivía no podía ser su mujer, a pesar de aquella pasión que la arrebataba por completo, y si había muerto, ¿por qué la Parca que segó el hilo de su vida había sido tan cruel, dejándole que ella le sobreviviera?

A Vicentica acabó por llamarle la atención aquella emoción irreprimible que experimentaba la señora cada vez que le hablaba de Pérez. A pesar de sí misma la muchacha llegó a sospechar que se amaban y el cariño que sentía por Adela estuvo a punto de trocarse en odio. Asimismo, la señora de Frey se dió instintivamente cuenta de la sospecha de aquel corazón enamorado. De todas las chicas que habían servido en aquella casa, era sin duda alguna Vicentica, la única que había merecido granjearse por completo el puro afecto de Adelina. ¿Pero, cómo confiarle un secreto de tal calibre? ¿Siendo tan grandes sus escrúpulos en materia del honor, cómo confesar que amaba a un hombre que no era su marido? Pero su fiel Vicentica estaba sufriendo y su bondadoso corazón halló el modo de tranquilizarla sin comprometer su propia reputación:

— Este chico evoca en mí caros recuerdos de mi adolescencia — dijo —, amé a un hombre que ya no pertenece al mundo de los vivos, era mi primer amor

y un gran amigo suyo; por eso al hablarme de Dionisio Pérez acuden las lágrimas a mis ojos.

— El también se acuerda de usted — dijo tranquilizada la muchacha —; como yo la quiero, él también la quiere y tiene mucho interés en saber si es usted feliz. Yo le dije que usted extrañaba mucho que aun no hubiera terminado la carrera de abogado y me contestó que, perseguido por sus ideas políticas tuvo que emigrar durante el Directorio Militar y ha recorrido varios países de Europa y América.

El solo nombre de «América» estremeció el cuerpo de Adelina, que dejándose llevar de sus sentimientos exclamó levantándose:

— Sí, sí, que venga mañana, deseo hablarle

Y como poseída de locura se dirigió a su habitación, deseaba hallarse sola, para entregarse alternativamente a la risa y al llanto.

Vicentica la detuvo; tenía un penoso encargo de parte de Dionisio y como hasta el día siguiente era un plazo perentorio, no había más remedio que aprovechar aquellos momentos para decírselo aunque la señorita estuviera desolada.

— Mi novio sabe mucho y como ha recorrido medio mundo tiene mucha experiencia y, francamente, no..., no le gusta la señorita Consuelo...

— ¿Cómo está enterado Dionisio de las cosas de mi hogar?

— Perdóname, es tan preguntón que yo he cometido la indiscreción de contarle algo... Si me hubiera hallado en su lugar, a esta señorita no la hubiera admitido en casa; es verdad que la distrae, pero en cambio, hay un gran peligro; como usted es buena, cree que todas las personas son buenas, pero yo opino que la señorita Consuelo no lo es y Dionisio opina lo mismo. Cuando yo entré a servir a la casa, la pillaba a usted muchas veces llorando porque su marido la dejaba sola y se entretenía con mujeres de cabaret; entonces el enemigo estaba fuera, ahora lo tiene en casa; aquellas mujeres, según Dionisio, son los caprichos fugaces, ésta puede destruir su hogar si usted no acude a tiempo.

— Tal es el sastre que conoce el paño — exclamó

Adela riendo nerviosamente —. Desde luego «el Terrible Pérez» de fama tenoriesca y aventurera, no puede opinar de otro modo. En adelante te prohibo te pongas de nuevo en boca a nosotros o muy poco me va a costar enviarte de nuevo al pueblo con tu madre.

— Perdóname, señorita, pero Dionisio me ha encargado se lo diga todo esta noche o de lo contrario me volverá la espalda y no lo volvería a ver.

— Acaba pronto. ¡Por Dios!

— Ustedes han sido invitados a una fiesta Hispano-Americana, por doña Rosa Manzano. ¿No es verdad?

— Sí. ¿Y quién es esta Rosa Manzano que ninguno de nosotros ha oído nombrar en su vida? Yo no acudiría, pero a Consuelo le gusta lucir y tratándose de fiestas no se deja perder ninguna; por ella iremos.

— Ahora le aclararé este misterio: yendo a la compra me relaciono con otras muchachas de servicio, entre ellas la que sirve a esta señora Manzano, que es muy anciana y muy rica y necesita una señora bien presentada, nada más para que la acompañe a todas partes, y Dionisio me ha propuesto que, como piedra de toque, usted hable de este empleo a la señorita Consuelo, para que se cerciore de si tiene o no ganas de trabajar y por cierto que no tendría otra misión que pasear en auto todo el día.

En aquellos instantes Agustín llamó a la puerta del piso y Vicentica dejando su conversación con la anodada señora, corrió a la cocina para preparar la cena.

— ¿Has salido? — preguntó Adelina a su esposo —. ¿Por qué no me acompañabas a mí?

— Quería poner en orden, como te he dicho, unos documentos, pero tanto me han atacado los nervios, que como tengo por costumbre salir, no he podido permanecer en casa; por las tardes no tengo más remedio que dar un paseo para respirar el aire fresco de la calle.

Unos fuertes timbrazos dados a la puerta indicaron que llegaba la alborotadora. Había pasado el rato con Agustín, pero como se comprenderá el llegar por separado era una estratagema. El esposo de Adela en persona fué a abrirla y la mansión silenciosa hasta entonces, se llenó de risas y de gorjeos. Saltando como un

pajarito fué a la cocina a regalar un ramito de violetas a Vicentica, regaló otro a Adela y acercándose a don Agustín le introdujo otro en el ojal de la americana, entre mil zalamerías, pellizcándole en las mejillas y tirándole de las guías del bigote mientras él la miraba embobado. Adela no despegó los labios en toda la noche. La venda empezaba a caer de sus ojos y por primera vez en su vida le resultaba molesta la desocupación de aquella mujer.

V

Al día siguiente, en la hora en que acostumbraban a quedar solas ama y criada, latiendo de ansiedad sus corazones, levantaban de vez en cuando los visillos para mirar a la calle deseosas de ver aparecer a Dionisio Pérez. Afortunadamente no se hizo esperar mucho. Hablar de José había de ser el único y exclusivo fin de aquella entrevista, según Adela presumía, y horrorizaba a su alma pura que Vicentina llegara a enterarse de aquel secreto de amor que como un reliquario llevaba oculto en su corazón y debía bajar con ella a la tumba, pues desde luego suponía que la gran preocupación de la muchacha sería escuchar por entero la conversación. Tentada estuvo de mandarla a un recado mientras hablaba con el estudiante, pero desistió ante el temor de despertar celos que a todo trance quería evitar, y se entregó resignada a su destino, hizo pasar a Dionisio Pérez a un despacho y no tomó otra precaución que soltar, una vez cerrada la puerta tras ellos, la soberbia y pesada cortina de terciopelo, que siempre amortiguaría algún sonido, pero Vicentina dió la vuelta y apretó el oído a una puertecita de escape que no tenía cortina.

Al principio los dos interlocutores hablaban con cautela, mas paulatinamente y sin darse ellos cuenta, fueron levantando el tono de su voz, hasta que la doncella oyó bien clara y distintamente:

— Fíjate si los pendientes de platino que te describió el joyero, los luce Consuelo en la próxima fiesta. ¿Lo que ella luce, de dónde va a salir sino del bolsillo de Agustín?

— ¡Qué mal pensado eres! Ella tenía dinero.

— Aun no hablan de mí — se decía desesperada Vicentina.

— Vamos por partes — exclamó el estudiante, después de un momento de reflexión —. ¿Amas a Agustín? Esta es la pregunta que interesa contestes con toda franqueza.

La esposa de Frey vacilaba, mas era tan arraigado en ella el sentimiento del deber, que, reaccionando, exclamó con energía:

— ¡Sí, amo a mi marido!

— Pues así hay que darte consejos, que te están haciendo mucha falta; propón a Consuelo el empleo de doña Rosa Manzano, a la cual conoceréis en la fiesta hispano-americana; a una holgazana no se le puede proponer nada mejor, pues malditas las ganas que tiene de trabajar... Jamás Vicentina, arreglando su habitación, ha visto un cuaderno ni un libro ni un papel con signos taquigráficos; lo de la academia es pues una filfa; créeme, si no acepta lo de la señora Manzano, arrójala a la calle, retén por todos los medios a tu marido en casa y en adelante no admitas a otra mujer.

— Yo no creo tan vil a Consuelo, y mirando las cosas de otro modo, le estoy agradecida: me ha enseñado a componerme, reir, amar las fiestas... El roce con ella me ha dado un cariz mundano del que yo carecía por completo, y, halagadora como siempre, me ha dicho que es lo que hacía falta a mi belleza para conquistar a mi marido... Las consecuencias son palpables, Agustín es otro hombre.

— El cariño con la víctima es una de las facetas del adulterio, mas... dejemos esto; ya estás advertida. Vamos a la segunda parte del mensaje: si no amas a Agustín, sufre y espera, pues algo se prepara en España que, derrumbando arcaísmos y abriendo horizontes nuevos, hará posible a las que como tú se equivocaron, puedan volver sobre sus pasos, y para terminar, he de decirte que este mensaje lo envía un muerto que revive...

— ¿Estará en la fiesta?

— No lo sé — dijo el «Terrible Pérez», sonriendo maliciosamente.

— Ahora me toca a mí hablar y censurar tu conducta para con la pobre Vicentina... La conocimos en uno de

nuestros viajes por la tierra valenciana; huérfanita de padre, no ha tenido más remedio que abandonar a su madre y otros hermanitos para ponerse a servir, la consideramos como de familia y a todo teníais derecho menos a alimentar ilusiones en su cándido corazón para destruirlas después.

— Ardides del juego son. Lo convenimos con José para saber de tu vida; por lo que le he sondado, hemos venido en conocimiento de tus penas anteriores a la venida de Consuelo, de la engañosa felicidad de que ahora disfrutas y del golpe terrible que se está preparando en la sombra, pues no te quepa la menor duda de que tu amiga y tu marido levantarán el vuelo... Como eres buena, te suplico que no castigues ni riñas a Vicentica por habladora, el malo he sido yo; mas el fin justifica los medios, y he de decirte que todo ha sido para saber si tú eras o no eras feliz con tu marido, pues, en el primer caso, José te hubiera dejado disfrutar de esa felicidad sin medida que con toda el alma te deseas. Lo considerabas muerto, y hubiera seguido siéndolo, porque para evitar que caiga una sola lágrima de tus ojos azules, es capaz del sacrificio todo de su vida; pero como no eres feliz, está en expectativa esperando los acontecimientos.

— Gracias por todos vuestros buenos sentimientos y deseos para conmigo, pero, ¿qué contesto a Vicentica? Ella cree que has venido a pedir su mano.

— Contéstale lo que quieras; que haga caso del novio del pueblo... ¡Si uno tuviera que casarse con todas las mujeres a quienes ha dado palabra de casamiento...! Dejando los amoríos de lado que a uno le sirven para distraerse, mi verdadera novia es la política, es decir, el ideal al cual me he consagrado en cuerpo y alma; yo sueño en una nueva humanidad libre y feliz, que no divida a los hombres en castas, acaparando privilegios para unos y esclavitud para otros; José es uno de los que no me desprecia por mis ideas, además de que lo admiro por su talento... Di a Vicentica, pues, lo que quieras; ella es una excelente muchacha, merece un hombre que pueda hacerla feliz, que no sea como yo, esclavo de los ideales, y para terminar, ¿qué se ha hecho

de tus hermanitos, los tenéis en algún colegio? Vicentica nada sabe.

— Murieron.

— ¿Los dos?

— Sí, los dos; un ataque fulminante de crup, de la mayorcita, que se contagió en la misma intensidad y funestos resultados al pequeño, me los arrebató en pocos días, resultando inútiles los recursos de la ciencia y de la fortuna.

El gentilísimo Pérez, después de darle el pésame, la saludó con su gracia natural, saliendo de aquella sumtuosa mansión.

Pocos momentos después, estrechamente abrazadas, Adela y Vicentica confundían sus sollozos y sus lágrimas; una lloraba la muerte de sus ilusiones, la otra ese dolor estéril, erizado de espinas, sin el gozo de una flor, sin un átomo de ventura, que es un amor sin esperanza...

— Enséñeme a leer, señorita. Pérez sabe mucho y estoy segura de que si no fuera yo tan ignorante, me querría... ¡Quiero ser digna de él...!

— ¡Por Dios, Vicentica! — exclamó la esposa de Frey, pensando sólo en su tragedia —; no me descubras, no digas a nadie que yo amo a otro hombre, sobre todo que no lo sepa la señorita Consuelo.

VI

El magnífico auto de Frey se detuvo ante la Sociedad Hispano-Americana, apeándose en primer lugar Agustín, que dió la mano a su mujer y a Consuelo, sucesivamente; el abrigo que lucía esta última, no desmerecía en riqueza del abrigo que lucía la primera, y lo mismo podía decirse de sus joyas, que la candidez de Adela antes creyera falsas aunque bien imitadas, jugueteando a ambos lados de su traviesa cabeza unos soberbios pendientes de platino y diamantes idénticos a los que le había descrito el joyero, acusaban a la coqueta de su inicua traición.

A pocos pasos de la entrada les salió al encuentro Dionisio Pérez, que acompañaba una anciana venerable. Les preguntó atentamente si ellos eran los señores Frey y les presentó a doña Rosa Manzano.

La esposa de Agustín agradeció infinitamente al mal llamado «Terrible Pérez» aquella delicadeza de disimular su antigua amistad con ella, y por su parte disimuló también; pero la vampiresa, indignada ante aquella propuesta de trabajo, contestó con evasivas, sin querer quedar de momento comprometida.

— ¡Vaya una encerrona me has preparado! — decía más tarde a su amigo —. ¡Hacerme venir a una fiesta para presentarme esta vieja!

— Como te gustan las fiestas — contestó Adela, empleando el mismo tono irónico-punzante de su interlocutora —, he creído que era el procedimiento más indicado para presentarte una oferta de trabajo decente.

— ¡¡Adela!! — exclamó airada Consuelo, y bajando más la voz, porque un escándalo a nadie convenía, continuó —: De algunos días a esta parte te veo cambiada; pero, no te apures, te estorbo y marcharé.

— ¿Desde cuándo no hay concordia entre vosotras?

— dijo Agustín, acercándose riendo —. No os tiréis de los pelos aquí.

— Para estar viendo mala cara, de buena gana me marcharía — murmuró Consuelo.

— Pues yo, no — exclamó Adela, enérgica —; dejadme mandar por una sola vez en la vida; quedémonos; quiero presenciar la fiesta hasta el fin.

Sentados en amplias y cómodas butacas, Adela quedó entre Consuelo y doña Rosa Manzano; Agustín, para no exasperar más a su mujer, se sentó al lado de la anciana y Dionisio Pérez al lado de la coqueta, con la que cambió alguna que otra frase trivial durante el curso de la velada.

Después de algunas piezas de concierto a cargo de diferentes artistas y varios juegos malabares, se anunció como fin de fiesta un recital de poesías por el escritor hispanoamericano José Frey... Adelina quedó atónita, alelada; como herida por un rayo, permaneció inmóvil en su asiento; sus ojos, con una rigidez hierática, miraban sin ver, y las palabras llegaban indescifrables a sus oídos cual vago murmullo... En vano anheló José Frey desde las tablas una sonrisa de sus labios, un aplauso de sus manos de lirio; la joven, en su semidesmayo, no se daba cuenta de nada; sólo tropezó el poeta con miradas de simpatía de Dionisio y con alguna que otra centelleante de ira de Agustín, mientras recitaba la oda *A mi Musa*, que, aunque en ella no mencionara nombre alguno, no podía ser otra que Adela la inspiradora de tan bellos versos, cuya hermosura de mujer cantaba en estas estrofas:

Quisieron las hadas hacerla tan bella,
que encanta a la Luna y la envidia la flor,
y el astro del día, al mirarse en ella,
se oculta entre nubes, lleno de rubor.

Tiene la blancura del cisne de Leda,
matices de rosas y claveles lozanos,
el aliento fragante de la Primavera,
azur son sus ojos, coral son sus labios.

Hebras de oro puro su fino cabello,
su voz gorjeos de ave, suspiros de lira,
es obra de hadas, es obra de ensueño,
es reina y es fuente de dulce poesía.

En carro de nácar, rodeada de flores,
vino a la Tierra una tarde de abril;
surgía del éter a vivir con los hombres,
a ser musa del arte divina y gentil.

Quisiera cantarla y son toscos mis versos
y pobre y menguada resulta mi lira;
la tierra do pisa he llenado de besos,
amarla rendido es mi sino en la vida.

José Frey era de apostura simpática, en su tez morena tostada por el sol americano y surcada por arrugas prematuras producto de mil fatigas, brillaban como luceros dos grandes ojos negros, vivos y acariciadores; vestía *smoking* con elegancia impecable, y su cabello, tan negro como sus ojos, lo llevaba partido en mitad de la cabeza meticulosamente peinado y reluciente cual charol; era de buena estatura, de ademanes sobrios y graciosos; perfecto rapsoda, al mismo tiempo que buen poeta, sus trabajos literarios fueron coronados con ovaciones, siendo inenarrable la que coronó al final la labor del vate, que tuvo además la virtud de sacar de su sopor a Adelina, que se restregó los ojos suspirando repetidas veces y buscó apoyo su fatigada cabeza en el hombro de doña Rosa Manzano.

— ¿Se siente usted mala? — le preguntó ésta afablemente.

— No; un ligero vahido.

Como es natural, no pasó inadvertido a Agustín el efecto que el poeta produjo a su esposa y se apresuró a enviarle por un *groom* una tarjeta concebida en estos términos:

«A José Frey, desea hablarle dos palabras, Agustín.»

Momentos después se hallaban los hermanos frente a frente...

— Sí, no lo niego, he amado siempre su alma pura

y su belleza de ángel o de diosa... Tú lo sabías, y por uno de tus caprichos de hombre mujeriego, como una perla así no podía adquirirse más que con el matrimonio, truncaste nuestro dulcísimo sueño, nuestras ilusiones y el juramento de amor eterno que nos habíamos hecho... Pero no había derecho a arrebatarla para llenarle la vida de abrojos, pudiendo con tus recursos hacerla feliz; tu corazón desleal le ha hecho apurar hasta las heces el cáliz de la amargura, y hoy soy yo, el humilde, el despreciable poeta, el inútil, que vengo a perderte cuentas.

— Y yo que te las dé — dijo Agustín intentando en vano encender un cigarrillo para aparentar tranquilidad; en vista de que no lo conseguía, lo tiró y continuó diciendo con reconcentrada ira —: Sin quererlo yo saber, un amigo que he encontrado por ahí, me ha advertido de la ideología de ese amigo tuyo que acompaña a doña Rosa Manzano; como vivimos en tiempos de efervescencia política, si volvéis a molestarnos como esta noche, haré que os eche mano la policía.

— ¡Cobarde!

— Cobarde o no, quedas advertido — dijo Agustín disponiéndose a salir.

— Tú no te marchas hasta que te lo haya dicho todo — exclamó el poeta interponiéndose entre él y la puerta —; tal vez esta es la única ocasión que nos depara el Destino y hay que aprovecharla... Aunque me marché de España con el alma destrozada, tenía el presentimiento de que en vez de alejarme del amor, al amor me acercaba, que con mi trabajo y mi escasa inteligencia iba a combatir para merecer la mujer que posee en sí el encanto de todas las flores y la graciosa candidez de un niño; y en una lucha verdaderamente titánica manejaba de día en interminables jornadas de trabajo la herramienta del obrero y de noche la pluma del escritor, sin rendirme cansancios, infortunios, ni contrariiedades, porque un instinto ciego, tenaz, invencible, me decía que trabajaba por ella... Ante su alma delicada, somos el eterno antagonismo de la prosa y la poesía, del interés y el amor. ¿Cuál de los dos es más fuerte? Ya lo veremos... Por lo mucho que he sufrido tengo

derecho a decirte que, del mismo modo que me la arrebaste tú, tal vez yo te la arrebate algún día.

Fuera de sí, Agustín iba a arrojarse sobre su hermano, cuando un grito de mujer contuvo el furor de aquellos hombres; era Consuelo, que venía a avisar a Agustín que su esposa estaba indisposta y deseaba regresar a su casa cuanto antes.

Como si aquella entrevista hubiera reavivado en Agustín el sentimiento del honor o existiera algún recuerdo entre las cenizas de su cariño hacia Adela, se mostraba celoso de su mujer hasta el punto que la aventurera Consuelo se preguntaba qué papel representaba en aquella casa; pero algo imprevisto vino a determinar el rumbo definitivo de los acontecimientos. De su pueblo valenciano vino Paco Morales, el novio de Vicentica, para cumplir el servicio militar, y como se trataba del prometido de una criada tan querida de la señora, fué invitado a comer con ellos. Durante la comida las desen vueltas maneras y la peculiar coquetería de Consuelo no pasaron inadvertidas al ingenuo muchacho, que la miraba embelesado; instintivamente, al sentirse admirada, Consuelo redobló sus mohines, sus sonrisas y todo el arsenal de su coquetería, dándose perfecta cuenta Agustín de lo que estaba ocurriendo.

Poseía Paco Morales un don de asimilación más rápido y perfecto que Vicentica García, y a las pocas semanas de su estancia en Barcelona su aspecto no tenía nada que envidiar al de los «cuotas» más distinguidos, contribuyendo a ello el que su madre podía enviarle dinero en abundancia... Sus amores con Vicentica sólo servían de pretexto para subir a flirtear con Consuelo, de la que se enamoró ciegamente, y ello indujo al celoso Agustín a preparar el golpe desesperado para asegurarse aquel diabólico tesoro, arrancando a la mujer de aquel temible rival que rebosaba simpatía y juventud... Y Adela, al verse de nuevo arrinconada, humillada y ultrajada en su propio hogar, víctima del despotismo de aquella mujer cínica que la hacía objeto de bafas, y no podía arrojarla de casa porque la amparaba Agustín, fué en demanda de auxilio donde sólo podía hallarlo,

al despacho de Dionisio Pérez, que a la sazón ya era abogado.

Al final de su larga entrevista, el corazón de Adela no hubiera quedado satisfecho si no hubiese intercedido por su fiel Vicentica.

— Para un hombre de lucha como tú, sería la esposa ideal — le decía —. Yo sé por experiencia cómo consuela y anima la bondad sin límites de esta muchacha.

Aunque nada en concreto contestó Dionisio, pareció conmoverse ante el amor abnegado y puro de la joven valenciana.

De regreso al hogar, se enteró por Vicentica que Consuelo había marchado sola, con sus mundos y maletas, en un auto de alquiler, diciéndole a ella que iba de nuevo al pueblo de donde había venido, y ni siquiera se despidió de Agustín; pero en aquel momento éste tampoco se hallaba en casa... Pasaron las horas y no regresó; alarmada, Adela practicó un minucioso registro, y vió que habían huído, dejándola casi arruinada...

— No te desesperes, mujer — le dijo Dionisio, a quien fué a contar de nuevo sus terribles cuitas —. Al lado de José ¿qué te va a faltar? No como abogado, como hombre de corazón te aconsejo que no los detengamos; la perversa coquetería de Consuelo ha sido algo providencial que se ha terciado en tu vida para hacer posible tu felicidad; y si alguna víctima hay en este asunto, es tu marido, que a ti te pierde para siempre y lleva a su lado una mujer sin alma.

VII

Pocas semanas después de la proclamación de la República Española, el abogado Dionisio Pérez y su esposa Vicentina hicieron un viaje a París, donde vieron casualmente a Agustín Frey. Este, al reconocer a la joven pareja, les manifestó que Consuelo lo había abandonado robándose casi todo, para ir a disfrutarlo en España con el soldadito Morales, y tenía alguna intención de reconciliarse con su mujer.

De regreso Dionisio y Vicentina, fueron a advertir al poeta y Adelina.

— ¿Me abandonarás? — preguntó José Frey a su amada.

— ¡Nunca! Ya nos une algo más fuerte que el amor, a pesar de que éste es muy grande.

Y en su intimidad tuvo lugar la confesión maravillosa que enajenó de dicha aquel hombre y le premiaba de un modo sublime su vida de amor, fatigas y sacrificios... La adoró como una diosa, mientras ella repetía como un canto de gloria, derramando lágrimas de felicidad suprema:

— ¡Oh, sí, sí, seremos padres...! ¡Seremos padres!



1001690098

165. ¡Me basto yo!, de Regina Opisso. — 166. ¿De quién eres tú?, de A. Fernández Escobés. — 167. *La celada*, de Ignacio Cornejo. — 168. *El sueño de una noche de verano*, de Federica Montseny. — 169. *Antes de morir*, de Andrés Ramos Alvarado. — 170. *La novia del loco*, de Diego Ramón. — 171. *El secuestro de Andrea*, de Federico Urales. — 172. *El hombre que perdió el alma*, de Mauro Bajatierra. — 173. *Camino del amor*, de Angela Graupera. — 174. *Delito de amor*, de Regina Opisso. — 175. *El juego del amor y de la vida*, de Federica Montseny. — 176. *Todo lo vence el amor*, de M. Noguerol y de A. Romero. — 177. *Una doncella en peligro*, de Federico Urales. — 178. *El triunfo de la vida*, de Antonio Estévez. — 179. *El hombre de los dos platos de sopa*, de Diego Ramón. — 180. *Un héroe desconocido*, de Valentín Obac. — 181. *La infinita sea*, de Federica Montseny. — 182. *La hija del sepulturero*, de Diego R. Barbosa. — 183. *La alegría del Ampurdán*, de Federico Urales. — 184. *Recuerdos de Flora*, de Luis Pujades. — 185. *Tú eres la dicha*, de Regina Opisso. — 186. *Psiquis o la carne*, de A. Fernández Escobés. — 187. *Femio el Aeda*, de Elías García. — 188. *La moral de la gente bien*, de Angela Graupera. — 189. *La voz de la sangre*, de Vicente Ballester. — 190. *Sonata patética*, de Federica Montseny. — 191. *El crepúsculo de la dicha*, de Fermín Campos. — 192. *Los novios de Rosita*, de Federico Urales. — 193. *La justicia de los montañeses*, de Mauro Bajatierra. — 194. *La niña angelical*, de Diego Ramón. — 195. *En plena luz*, de S. Beltrán. — 196. *Amor heroico*, de Federico Urales. — 197. *Glorias guerreras*, de Valentín Obac. — 198. *Pasionaria*, de Federica Montseny. — 199. *Cerebro y corazón*, de Ricardo Peña. — 200. *El abismo*, de Angela Graupera. — 201. *Trini la Pura*, de A. Fernández Escobés. — 202. *El caserío*, de Ventura Manceto. — 203. *El milagro*, de Federico Urales. — 204. *Avelina*, de Ponciano Alonso. — 205. *El intruso*, de Juan Ferrer. — 206. *Jhoas, el errante*, de Elías García. — 207. *Tú eres la vida*, de Federica Montseny. — 208. *El amor que nace*, de Juan Martí Alcaraz. — 209. *Tiberianos*, de Adrián del Valle. — 210. *Katherina Feodorovna, o el deber*, de A. Fernández Escobés. — 211. *La películera*, de Diego Ramón. — 212. *La sin ventura*, de Federico Urales. — 213. *El castigo*, de Antonio Guardiola. — 214. *Corazón de mujer*, de Angela Graupera. — 215. *Corazones*, de J. M. Vilarín Guilló. — 216. *El ocaso de los dioses*, de Federica Montseny. — 217. *El fruto humano*, de Valentín Obac. — 218. *Lidya*, de María Solá. — 219. *La risa de las flores*, de Federico Urales. — 220. *El último cacique*, de Vicente Ba-